

CONALI INFORMA

Inculturación: Tarea pendiente

En diciembre del año pasado (2013), hemos celebrado el 50 aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, “*Sacrosanctum Concilium*” (SC). Ha sido ocasión para valorar los muchos aportes que este primer documento del Vaticano II entregó a la renovación y reforma de la liturgia de la Iglesia.

Este aniversario, es también, la oportunidad de ver que orientaciones y disposiciones de SC están todavía esperando implementación. Una de ellas, sobre la que nos vamos a detener, parece ser, la inculturación, subyacente en los arts. 37-40. Esto se debe, entre otros factores, a la forma muy restrictiva y llena de recaudos con que se planteó esta tarea por la autoridad central (4.a Instrucción. 25.01.1994), y también, por la falta de reflexión, creatividad, audacia y “propositividad” pastoral de los responsables locales de la pastoral y animación litúrgica.

Es ilustrativo considerar como el Documento de Aparecida, en sus referencias más cercanas a lo litúrgico, ve la inculturación preferentemente en relación a los pueblos originales y a los afroamericanos. Reconociendo que hay mucho que hacer en esa dirección, nos parece que el desafío mayor para

la Liturgia está en hacer que ella sea significativa para nuestro horizonte cultural moderno y posmoderno, aún más, para nuestro mundo postcristiano, como dicen algunos. Significativa, no sólo para los agnósticos, sino, primeramente, para nosotros mismos, que insensiblemente nos vamos contaminando de “secularismo”. En esta perspectiva aparecen, muchos nichos de inculturación para la liturgia, en relación con la religiosidad popular, con las diversas culturas de la sociedad moderna, con las realidades generacionales, en particular con los jóvenes. Y también, aparece la necesidad de inculturar nuestra liturgia en nuestra realidad meridional, muy distinta de la realidad septentrional en la que se gestó y desarrolló la liturgia de nuestra Iglesia.

Al respecto me parece muy motivador un texto de *Evangelii Gaudium* (EG) de nuestro valorado Papa Francisco, que Dios guarde por muchos años. Aquí va:

Nuevas culturas (urbanas) continúan gestándose en estas enormes geografías humanas (ciudades) en las que el cristiano ya no suele ser promotor o generador de sentido, sino que recibe de ellas otros lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el

Evangelio de Jesús. Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad. El Sínodo ha constatado que hoy las transformaciones de esas grandes áreas y la cultura que expresan son un lugar privilegiado de la nueva evangelización. Esto requiere imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas para los habitantes urbanos. Los ambientes rurales, por la influencia de los medios de comunicación de masas, no están ajenos a estas transformaciones culturales que también operan cambios significativos en sus modos de vida. (EG 73)

Desde estas reflexiones y motivaciones iniciales, paso a compartirles algunas experiencias y reflexiones, en relación a la inculturación litúrgica, en nuestro ritmo estacional meridional, que surgen desde el incendio de Valparaíso.

1. Pascua en el cerro “La Merced” de Valparaíso

Desde Marzo de este año (2014), estoy acompañando como “capellán”, en el cerro “La Merced” de Valparaíso, la comunidad eclesial de “San José Obrero”, de la Parroquia “San Juan Bosco” de dicha ciudad. El gran incendio que se inició en las primeras vísperas del Domingo de Ramos, junto con convertirme en un “pastor con olor a humo”, me permitió vivir una semana santa y, en particular, un triduo pascual con una significatividad nunca antes experimentada con tanta fuerza y dramatismo. Nuestra capilla, recién remozada por la comunidad, amaneció el domingo de ramos, toda llena de agua y lamida por las lenguas de fuego, que quemaron construcciones adjuntas pero no su espacio central. Eso la convirtió en un centro de acogida y acopio en la gran desolación

del cerro y en base de nuestras celebraciones pascuales. Permítanme compartirles un texto que el domingo de Pascua hacía llegar a mis amigos y hermanos, precisamente, sobre la Vigilia Pascual recién celebrada.

¡El Señor resucitó, aleluya, nuestra vida iluminó, aleluya! Con este grito y canto entusiasta acogimos, en nuestra comunidad eclesial de San José Obrero, en el Cerro “La Merced”, la Buena Nueva de la Resurrección de Jesús. Antes, con un cuidado inmenso, Daniel, el coordinador de nuestra comunidad, había encendido el fuego nuevo. No el fuego fruto de descuidos e irresponsabilidades que una semana atrás había asolado nuestro cerro junto a otros seis más, sino el fuego regalo de Dios y elemento primordial en su creación. De ese fuego, salió una llama benéfica con el que encendimos el cirio. El cirio que tenía la comunidad, se fundió en el incendio. La solidaridad de la “Comunidad de la Virgen de las Cuarenta Horas” con quienes compartí ayer sábado una mañana de retiro... nos regaló un cirio nuevo que pudimos levantar en la puerta de nuestra capilla. Impresionante ese momento: al frente: el hoyo negro a que redujo el incendio el centro poblacional del cerro “La Merced”, a ambos lados montones de ropa, donación de muchos, en la que algunos vecinos seguían buscando algo útil para ellos. Junto al cirio, la comunidad cristiana, unas cincuenta personas, aclamando la luz de Cristo y cantando, con una fuerza electrizante nuestra decisión de hacer brillar esa luz en todo nuestro golpeado cerro. Guiados por la luz del cirio, entramos en la capilla, adornada con centenares de paquetes y botellas de agua, expresión de la solidaridad de centenares de hermanos anónimos. Silvia, coordinadora junto a su esposo de la comunidad, con la ayuda de

muchos otros hermanos, en particular de Fresia, para lo más litúrgico, habían convertido lo que era una bodega de acopio, en “casa de oración y canto”. Ahí siguió toda la Vigilia Pascual. El pregón pascual cantado con voz joven y vibrante por María Fernanda, la liturgia de la Palabra, con el relato de las cuatro noches: de la creación, de la prueba, del éxodo y de la renovación, culminando en la Buena Nueva de la resurrección según San Mateo, la que llenó de luz, entusiasmo y aleluyas a nuestra asamblea. Un guitarrista, surgió del fondo de la asamblea para animar el canto: ¡El Señor resucitó, aleluya, nuestra vida iluminó, aleluya! ¡Realmente, otra cosa es con guitarra! Vibrando con la resurrección del Señor, renovamos nuestro bautismo y luego, celebramos la eucaristía, para terminar cantando con fuerza y testimonio, en plena la calle, hasta quedar roncos: ¡El Señor resucitó, aleluya!”.

2. Algunas consideraciones de pastoral litúrgica

La experiencia pascual que me regaló el Señor este año, me hizo más sensible a algunos elementos que nos hace bien reflexionar y compartir. Aquí van tres consideraciones.

2.1: Valoración de los signos.

Recordemos, primeramente, que la realización ritual está muy condicionada por algunas variables que, en la medida que se den, más plena resultará la celebración. Las recordamos sucintamente.

a) *Integración y armonía de la secuencia ritual:* el rito litúrgico tendrá más o menos calidad, según sea la mayor integración y armonía de los siguientes componentes de la celebración: ASAMBLEA – PALABRA –

MISTERIO – COMUNIÓN – MISIÓN – DESPEDIDA.

b) **Contenido vital:** El rito litúrgico tendrá más fuerza en la medida que se enraíce en “situaciones fundamentales” de la vida.

c) **Iluminación de la fe:** el rito litúrgico supone la adecuada iluminación de la fe, a través de una conveniente catequesis bíblica y mistagógica.

d) **Capacidad de significación:** el rito litúrgico supone, también, una adecuada educación litúrgica que permita pasar de la significación utilitaria, a la significación evocativa y religiosa, hasta llegar a la significación litúrgica.

e) **Capacidad expresiva:** el rito litúrgico supone

- un hombre expresivo: con una personalidad capaz de emociones, de expresión corporal y un cerebro libre de mecanismos de defensa que bloqueen su auto-expresión.

- una experiencia expresiva: que integre Vida-Pascua y Pascua- Vida.

- un cauce expresivo con una adecuada estructura ritual

En la celebración pascual que evocamos, todas estas variables se dieron en forma elocuente. La secuencia ritual nos fue integrando a todos en su dinámica, El contexto devolvió toda su fuerza al fuego y a la luz. El ambiente facilitaba rápidas y necesarias catequesis para valorar el fuego y la luz y la acogida vivencial de la asamblea a nuestro Dios presente en este fuego y luz de salvación. Entre los participantes estaban, aparte del capellán, un presbítero español, dos

religiosas mexicanas y una de Taiwán, que habían llegado de Santiago, donde estaban en un curso, a colaborar en la emergencia. Ellos aportaron mucho a la capacidad expresiva de la celebración, junto a una comunidad muy sensibilizada por la terrible experiencia vivida.

2.2: Fuego y luz en nuestro hemisferio.

La historia, fenomenología y la pastoral de los ritos de la liturgia nos enseñan algo ya dicho en el apartado anterior: que el rito tiene más fuerza expresiva, en la medida que se enraíce y alimente en “situaciones fundamentales” de la vida. Y al revés, más el rito se estiliza, despersonaliza, intelectualiza y se desconecta de la vida, más se hace insignificante e inocuo. Así, “desencarnados” aparece, muchas veces el fuego y la luz en la liturgia de la Vigilia. Sin ninguna connotación a la vida humana tan necesitada y dependiente de ellos y al, mismo tiempo, en nuestra civilización electrónica, tan alejada de su trabajosa producción, que se reduce a apretar botones. No parece, al respecto, que para potenciar la virtualidad de estos signos, sirva hacer grandes fogatas. Ellas más que facilitar el clima recogido de la vigilia, suelen distraer a la asamblea y adelantando el clima festivo de la fogata que podría ser valiosa y significativa al final de la celebración, proyectando en cantos y bailes la alegría de la resurrección.

En estas circunstancias pensamos más apropiado buscar, para dichos ritos, un anclaje en la existencia. Al respecto, cobra valor nuestro camino meridional. Obviamente, no es lo mismo el fuego y la luz en la entrada de la primavera que entrando en el invierno con temperaturas que se van haciendo

cada día más frías y con días que van acortando sus horas de luz y alargando sus noches. Necesitamos valorar y bendecir el fuego no sólo porque de él vamos a sacar luz para encender el cirio con el que vamos a animar la “fiesta de la luz eterna”. Lo vamos a bendecir porque lo necesitamos como calor en nuestros hogares y comunidades, como luz en nuestras noches y caminos. Sobre la experiencia del frío y de la oscuridad, Jesús resucitado, “que vino a traer fuego a la tierra”(Lc 12,49) será, sobre todo, promesa de re-encuentro de la comunidad desde el frío de la indiferencia y la dispersión; y “luz del mundo” (Jn 8,12) en un camino que se ha llenado prematuramente de tinieblas.

El hecho que los actuales textos puedan ser proclamados sin problemas en los dos hemisferios es un modelo de “asepsia” litúrgica pero no de una liturgia inculturada en la vida de los seres humanos.

Obviamente que la revisión de nuestros textos en relación al camino estacional meridional, distinto del septentrional, necesita extenderse, también, a las fiestas equinocciales. ¡Basta ya de seguir cantando en laudes de adviento, que el “mundo muere de frío”!

2.3. Redimensionamiento de nuestro ciclo pascual.

La reflexión anterior, necesita abrirse a otro desafío de inculturación, que conversado muchas veces, nunca, que yo sepa, ha sido debatido seriamente. Sabemos la relevancia fundamental que tiene el Triduo Pascual y su preparación en el tiempo de Cuaresma que, como lo sabemos, implica espacio para la oración, para la escucha de la Palabra, para la comunidad, y prácticas como la limosna, la abstinencia de la

carne y el ayuno. Al respecto, necesitamos reconocer que es bien difícil vivir todo eso en pleno verano, en tiempo de vacaciones con sus desplazamientos por las playas, el campo, termas, piscinas, etc...

En su libro "El Espíritu de Liturgia"¹, el Cardenal Ratzinger, nuestro Papa emérito Benedito XVI, recogía, en parte, este problema diciendo: "Si el simbolismo cósmico es tan importante ¿no habría que invertir allí (en el hemisferio sur) el calendario festivo?". Obviamente se rechazaba esa posibilidad con el argumento conocido y aceptado por la mayoría que, el Misterio de Cristo es fundamentalmente un hecho histórico que necesitamos respetar en sus circunstancias, para no degradar la fe pascual en un religión de tipo cósmico y agrario. ¿Qué hacer?

Si no podemos correr la Pascua, si podemos, cambiar el inicio de la Cuaresma. Con realismo pastoral, podríamos fijar el inicio de la Cuaresma, para todos los años, el último miércoles de Febrero, de modo que el primer domingo de Marzo sea el primer domingo de Cuaresma. En Marzo, la gran mayoría de los fieles cristianos está ya de vuelta de sus vacaciones y pueden iniciar un tiempo sistemático de preparación que tendrá, en relación a la fecha de la Pascua, una duración variable con un mínimo de tres semanas, que fue, por lo demás

¹ Ediciones Cristiandad, Madrid, 2001, p.126-128). Sobre este tema y el anterior, invitamos a leer estas propuestas, más desarrolladas en "El Misterio Pascual, corazón de la celebración litúrgica, Conferencia Episcopal, Chile, 2006, pp.51-53.

el tiempo que, por muchos años tuvo la liturgia romana².

Una Pascua anual preparada con más conciencia y sistematicidad, y celebrada en mejor sintonía con el cambio otoñal que se vive, podrá, sin duda, abrirnos a una mejor celebración del Misterio pascual y, también, a empezar a recorrer el camino de una efectiva y fecunda inculturación de nuestra liturgia.

P. José Lino Yáñez sdb

Valparaíso, Julio, 2014

² J. BELLAVISTA, La preparación a la Pascua: la Cuaresma, en D. BOROBIÓ (Ed), La Celebración en la Iglesia III pp.154-155